

atribuiría para salvar á los conspiradores y volver á colocar á Pichegrú en el pináculo de los honores. Otros también confirmaban la declaración de Roland. Bouvet de Lozier, aquel oficial de Jorge libertado del suicidio para lanzar contra Moreau una acusación terrible, no podía retractarla, y la repetía aun cuando hacía lo posible para atenuarla. En esta acusación, consignada por escrito, sólo había emitido especies que sabía por Jorge mismo. Éste respondía que Bouvet había oído ó comprendido mal, y que por consiguiente había prestado una declaración inexacta. Pero quedaba todavía en pie aquella entrevista nocturna en la Magdalena, en que Moreau, Pichegrú y Jorge se habían encontrado juntos, circunstancia inconciliable con un mero proyecto de traer á Pichegrú á Francia. ¿Cómo era, en efecto, que se había celebrado una cita nocturna con el jefe de los conspiradores, con un hombre con el cual no se podían tener relaciones lícitas no siendo realista? En este punto las declaraciones eran tan terminantes, tan conformes y tan numerosas, que no podían los realistas, con la mejor voluntad del mundo, retractarse de lo que habían declarado, y que siempre que intentaban hacerlo quedaban en el mismo instante abochornados.

Moreau en esta ocasión se mostró confuso, y las simpatías del auditorio fueron abandonándole insensiblemente. Sin embargo, algo reanimaron el interés ya amortiguado ciertas inoportunas reconveniones del presidente acerca de sus riquezas. «Usted es por lo menos reo de complicidad, le dijo el presidente, y aunque usted pretenda que un hombre de sus cualidades no debe hacer el oficio de delator, podía usted ante todo obedecer la ley, que impone á todo ciudadano sin distinción el deber de denunciar las tramas que lleguen á su noticia. Así debió usted hacerlo, además, con un gobierno que le ha colmado de bienes. ¿No tiene usted sueldos pingües, un palacio y vastas haciendas?» Esta reconvenición, dirigida á uno de los generales más desinteresados de la época, era muy poco digna. «Señor presidente, respondió Moreau, no ponga usted en la balanza mis servicios con mi hacienda; entre semejantes cosas no hay comparación posible. Tengo cuarenta mil francos de sueldo, una casa y una tierra, que valen no sé si trescientos ó cuatrocientos mil francos, pero tendría hoy cincuenta millones si hubiera hecho de la victoria el uso que han hecho otros muchos.» Los gloriosos recuerdos de Rastadt, Biberach, Engen, Moesskirch y Hohenlinden, puestos en parangón con un puñado de oro conmovieron al auditorio y provocaron los aplausos, que empezaba ya á hacer escasos la inverosimilitud de la defensa.

Hacia unos doce días que duraban los debates, y la agitación de los ánimos era indecible. En nuestros mismos días hemos visto con frecuencia absorber enteramente una causa la atención del público. Lo mismo sucedía entonces, pero en circunstancias especiales que debían producir mayor sensación que la de la mera curiosidad. Véase ante un general triunfante y coronado otro general sumido en el infortunio y cargado de cadenas, contrarrestando con su defensa por última vez á un poder cada día más absoluto; en medio del silencio de la tribuna nacional resonaba la voz de los abogados como en el país más libre; había hombres ilustres amagados de muerte, unos pertenecientes á la

emigración, otros á la república; aquel conjunto era más de lo que se necesitaba para tener en agitación todos los corazones. Una justa compasión, y quizás también cierto secreto sentimiento que hace al hombre desear la humillación del poder afortunado, empezaban á cobrar imperio, y sin odiar al gobierno se deseaba la absolución de Moreau. Napoleón, que estaba exento de esa baja envidia que se le imputaba y persuadido de que Moreau sin querer á los Borbones hubiera querido su muerte para substituirle, creía y decía sin rebozo que se le debía la justicia de condenar á un general reo de lesa Estado. Deseaba esta condena como su propia justificación; deseábala, no para ver rodar en el cadalso la cabeza del vencedor de Hohenlinden, sino para tener el honor de perdonarle. Sabíanlo los jueces y también el público lo sabía.

Pero la justicia, que no se mezcla en consideraciones políticas, en lo cual hace perfectamente, porque si á veces la política es humana y prudente, otras veces en cambio es imprudente y cruel; la justicia, en medio de aquel conflicto de pasiones, último que debía turbar el reposo profundo del imperio, permaneció impasible y falló equitativamente.

El 21 pradiar (10 de junio), después de catorce días de discusiones, mientras los jueces se habían retirado á deliberar, varios acusados realistas, reconociendo que habían sido engañados y que todos sus esfuerzos en descargo de Moreau habían sido estériles, solicitaron comparecer ante el juez instructor para prestar más verídicas declaraciones. Ya esta vez no hablaban de tres entrevistas con Moreau, sino de cinco. Advertido Mr. Real, corrió en busca del emperador, y éste escribió inmediatamente al archicanciller Cambaceres para que se buscara algún medio de ver á los jueces. Pero esto era difícil, además de inútil, y sin prestarse á nuevas comunicaciones, dictaron éstos aquel mismo día, 10 de junio, una sentencia, en la cual no influyó consideración alguna, pronunciando pena de muerte contra Jorge y diez y nueve de sus cómplices. Por lo tocante á Moreau, declarando su complicidad material insuficientemente establecida, pero su conducta moral reprehensible, le sentenciaron á dos años de prisión. Armando de Polignac y Mr. de Riviere fueron condenados á muerte; Julio de Polignac y otros cinco acusados, á dos años de prisión. Veintidós fueron absueltos.

Esta sentencia, aprobada por las personas imparciales, causó un mortal disgusto al nuevo emperador, el cual se irritó sobre manera contra la debilidad de aquellos jueces, á quienes otros en aquel mismo momento acusaban de bárbaros; y hasta faltó á la medida que debe ordinariamente observar la autoridad suprema, sobre todo en asunto de tanta gravedad. En el estado de exasperación en que le habían puesto las injustas murmuraciones de sus enemigos, difícil era conseguir de él actos de clemencia; pero se aplacaba con tanta prontitud y era tan generoso y previsor, que al punto hacía accesibles su razón y sus sentimientos. En los pocos días invertidos en apelar al tribunal de casación tomó varias resoluciones utilísimas: perdonó á Moreau los dos años de prisión, lo mismo que le hubiera indultado de la pena capital, caso de haberse pronunciado, y consintió en su partida á América.

Este desgraciado general deseó vender sus propieda-

des, y mandó Napoleón adquirirlas inmediatamente al más subido precio. En cuanto á los sentenciados realistas, rígido siempre con ellos desde la última conspiración, no quiso en un principio perdonar á ninguno. Sólo Jorge le inspiraba cierto interés por la energía de su ardimiento, pero le consideraba como un enemigo implacable que era forzoso sacrificar á la tranquilidad pública. Por otra parte, no era por Jorge por quien más se interesaba el partido de la emigración. Compadecía éste mucho la suerte de los Polignac y de Riviere; censuraba la imprudencia que había hecho á estos personajes, de ilustre alcurnia y de esmerada educación, mezclarse con gente tan poco digna; pero no podía resignarse á ver rodar sus cabezas, y cierto era que el fanatismo de los partidos debía servir de disculpa á su delito y valerles la indulgencia del jefe del imperio.

Todos conocían el buen corazón de Josefina, y sabían que en el seno de una grandeza inaudita había sabido conservar una bondad ejemplar. Sabiase también que vivía en zozobras continuas viendo siempre el puñal enemigo alzado sobre el pecho de su esposo. Un acto ruidoso de clemencia podía alejar aquel puñal y aplacar los ánimos más exasperados. Lograron introducir hasta ella por medio de madama de Remusat, que pertenecía á su servicio, y le llevaron al palacio de Saint-Cloud á madama de Polignac, la cual regó su manto imperial con abundantes lágrimas. Enternecióse Josefina, como no podía menos de suceder teniendo un corazón tan sensible, al aspecto de una esposa desolada implorando noblemente el perdón de su esposo, y acto continuo se dirigió en busca de Napoleón para moverle á clemencia. Éste, según su costumbre, ocultando su emoción bajo la máscara de la impasibilidad, la repelió ásperamente, diciendo á su esposa y á madama de Remusat, que estaba presente: «Siempre se interesan ustedes por mis enemigos; unos y otros son tan imprudentes como culpados; si no hago con ellos un escarmiento, volverán á empezar de nuevo, y por su causa tendrá que haber más víctimas.» Viéndose Josefina repelida, no sabía á qué medio recurrir. De allí á pocos instantes debía salir Napoleón de la sala del Consejo y atravesar una de las galerías del palacio; ocurriósele la idea de que madama de Polignac le saliera á su encuentro, y que al pasar se arrojara á sus pies; en efecto, al cruzar por la galería le cortó el paso madama de Polignac, y anegada en llanto le pidió la vida de su esposo. Sorprendido Napoleón, lanzó una mirada severa á Josefina, cuya complicidad adivinó al punto; pero desarmado por los sollozos de madama de Polignac, la dijo que estaba sorprendido de haber visto que Mr. Armando de Polignac, su antiguo condiscípulo en la escuela militar, hubiese entrado en una trama urdida contra su persona; que, sin embargo, le concedía el perdón por el llanto de su esposa, y que deseaba que aquella debilidad no produjese consecuencias deplorables alentando nuevas imprudencias. «Muy culpables, señora, añadió, son los príncipes que comprometen la vida de sus más fieles servidores sin tomar parte en sus peligros.» Madama de Polignac, fuera de sí de júbilo y agradecimiento, corrió á referir aquel acto de clemen-

cia al partido aterrado de la emigración, el cual por algunos instantes tributó completa justicia á Napoleón y Josefina. Quedaba aún en peligro Mr. de Riviere, pero Murat y su mujer fueron á hablar por él al emperador y á arrancarle un nuevo perdón: fué este brevemente concedido, pues lo llevaba en cierto modo consigo el de Mr. de Polignac. ¡No encontró la misma clemencia el generoso Murat once años después!

Tal fué el término de aquella triste y odiosa maquinación destinada á derribar á Napoleón, y que le hizo subir al trono menos puro por desgracia de lo que hasta entonces se había mantenido; maquinación que costó una muerte trágica al príncipe francés que no había tomado en ella parte alguna, y que produjo la impunidad de los que la habían tramado, aunque con gran descrédito como en castigo de su delito, y finalmente, el destierro de Moreau, único general de aquella época que pudiera, exagerando su gloria y rebajando mucho la de Napoleón, rivalizar dignamente con este último. Notable lección de que deben aprovecharse los partidos: ¡cuando se trata de destruir por medios criminales á un gobierno, á un partido ó á un solo hombre, lo único que se consigue es engrandecerle!

Quedaba vencida para lo sucesivo toda resistencia. En 1802 había triunfado Napoleón de las resistencias civiles aniquilando al tribunal; en 1804 triunfó de las resistencias militares dejando frustrada la conspiración de los emigrados con los generales republicanos. Mientras él hollaba las gradas del trono, Moreau se dirigía á su destierro; algún día habían de volverse á ver á tiro de cañón bajo los muros de Dresde, desgraciados ambos y ambos culpados: el uno volviendo de una tierra extraña para esgrimir las armas contra su patria, el otro abusando de su poder hasta el punto de provocar una reacción universal contra la grandeza de la Francia; el uno para morir de un balazo disparado por un cañón francés, el otro para conseguir su última victoria, pero ya al borde del abismo donde se sepultó su prodigioso destino.

Sin embargo, estos grandes acontecimientos estaban aún muy lejanos. Parecía Napoleón entonces omnipotente para siempre. Había probado, es verdad, no pocos sinsabores en aquellos últimos tiempos, porque además de los grandes infortunios, siempre la Providencia mezcla algunas anticipadas amarguras en la copa de la dicha presente, como para advertir al hombre y fortificarle para soportar males mayores. Aquellos quince días fueron para él trabajosos, mas pasaron brevemente; la clemencia de que acababa de dar prueba, derramaba sobre su reciente reinado cierto resplandor halagüeño.

A nadie entristeció la muerte de Jorge, aunque su valor pareciese á algunos digno de mejor suerte, y renació en breve ese sentimiento de curiosidad atónita que se advierte en todo espectáculo extraordinario.

Así terminaba, después de doce años de existencia, no ya la revolución francesa, siempre viva é indestructible, sino aquella república tantas veces calificada de eterna. Expiraba bajo la planta de un soldado victorioso, como acaban siempre las repúblicas que no se entregan adormecidas en brazos de la oligarquía.